



Universidad Nacional de La Plata

Facultad de Trabajo Social

Especialización en Intervención Social con niños, niñas, adolescentes y jóvenes - Educación a distancia

Asignatura:

Juventudes: debates teórico-metodológicos desde las ciencias sociales

Unidad 1. Procesamiento social de las edades.

La constitución del sujeto moderno, institucionalización y cronologización del curso de la vida. La estructura etaria de la sociedad. Grupos de edad y grados de edad. Concepciones sobre adolescencia y juventud en el siglo XX. Acontecimientos y procesos que marcan su irrupción.

Autores: Mariana Chaves, Carlos Galimberti y Marcos Mutuverria

Introducción

¿Cómo la cultura produce la diferencia etaria? ¿qué etapas de vida tenemos en nuestras culturas? ¿Qué modelos se proponen desde la cultura para vivir cada etapa de la vida? ¿Cuáles son las relaciones de poder entre los grados de edad? Estos son interrogantes generales de la producción cultural de las edades, y en particular para la infancia y juventud, podríamos preguntar ¿siempre hubo juventud? ¿se inventó la juventud?, ¿cuándo apareció en la historia un grupo de personas a las que se las llamaba así?, ¿Qué actores intervienen en ese proceso? ¿cuándo se empezó a estudiarlas?, ¿cuáles son las diferentes formas de ser joven?, ¿cuáles

formas de ser joven se lograron establecer como “normales” y cuáles como “anormales”? Las respuestas nos ofrecerían una construcción histórica de lo etario, nociones de cómo fueron apareciendo, cómo se fueron marcando y experimentando las diferencias de edad, qué etapas aparecieron, con qué características y cómo se fue modelando el vínculo entre ellas.

Pensar lo social: estructuras y clasificaciones

Desde sus inicios las ciencias sociales se han formulado interrogantes que les permitieron desnaturalizar y explicar aquello que se presentaba como familiar o autoevidente. Al comienzo del capitalismo en el siglo XIX, los científicos y políticos que lo intentaban comprender, ya sea para profundizar el mecanismo de explotación del hombre por el hombre que le da sustento, o para luchar denodadamente contra ello, nos mostraron que la estructura de clases sociales se basaba en la desigual distribución de las posiciones en torno a la propiedad (ya sea objetos, medios o fuerza de trabajo). No solo por las firmes explicaciones dadas desde aquel entonces por las ciencias sociales, sino también por la experiencia de los desiguales lugares que hemos ocupado, muchos aprendimos a pensar lo social intentando no olvidar las clases sociales.

Más tarde, las luchas feministas y el desarrollo de las teorías de género, nos empujaron a separar el sexo del género, a entender la diferencia entre la naturaleza y la cultura desde este lugar. Al aceptar que una cosa es el dato biológico, por ejemplo ser hembra, y otra distinta el procesamiento cultural y social de ese dato biológico, por ejemplo: hacerse -y que te hagan, y te traten como- nena o como varón. El desarrollo de los estudios étnicos e identitarios, muchas veces peleándole palmo a palmo terreno al racismo, nos mantenían alerta sobre la cuestión relacional de lo identitario. El cómo se construye un nosotrxs y los otrxs: siempre juntos, nunca hay una identidad sin una alteridad. Entendíamos con esta suma de clivajes de lo social que no solo teníamos estructura de clases sociales, sino también estructura de género, étnica y racial. Múltiples mecanismos de producción de diferencias que se superponían y nos complicaban “el objeto de estudio” impidiendo miradas certeras si no se tomaban todos estos elementos de algún modo en cuenta.

Una característica de las clasificaciones antes mencionadas es que las personas no imaginan una predeterminación de sus vidas para atravesar todas las posiciones que hay en esas estructuras. Es posible, pero no siempre es un deseo, y mucho menos una certeza. No siempre a lo largo de la vida se será explotado y patrón, rico y luego pobre, mujer y luego varón, o viceversa, aymara y antes de morir se toba gom o “gringo”, o encarar procesos de blanqueamiento como Michel Jackson naciendo negro e intentando transformarse en blanco. No hay entonces previsibilidad ni proyección mayoritaria en atravesar todas las categorías.

Pero hay una estructura aún no nombrada en la que sí nos imaginamos ocupando todas las posiciones existentes. Es la estructura etaria. Nacemos, nos piensan niñxs, nos pensamos luego adolescentes, jóvenes, adultxs y nos sabremos viejxs. Está previsto socioculturalmente que ocupemos todas las categorías, y lo hagamos sucesivamente, linealmente, en distintos tiempos que serán medidos y pautados según parámetros que podemos anticipar como una combinación de condiciones sociales e imágenes culturales (más adelante tratamos este punto).

Con la edad, así como hicimos antes con el género, tenemos que aprender a separar el dato biológico del procesamiento sociocultural de dicho dato. El dato cronológico de la cantidad de años transcurridos desde la fecha que nacemos, debe distinguirse del modo en que la cultura y la sociedad leen, generan expectativas y promueven que vivamos ese tiempo de la vida.

El plan analítico que proponemos es desarmar, o por lo menos reflexionar, sobre las imágenes, las “ideas”, que nos hacemos cuando nos contestan esa inefable pregunta de conocimiento del otro que media las presentaciones en la vida cotidiana: ¿cuántos años tenés? El número contenido en esa respuesta disparará nuestro sistema clasificatorio haciendo emerger representaciones que adscribimos a esa persona. Sepamos que el contenido de lo que nos representamos sobre el otro está procesado a partir de nuestra matriz cultural y social de pertenencia.

Procesamiento social de las edades

Si lo que pensamos de la edad no tiene un origen natural, no es universal, único y permanente, ni compartido por todos por igual, podemos ir a husmear el origen de los usos actuales para acercarnos a entender el presente.

Historizar la cuestión de la edad permite cuestionar la idea naturalizada de que el ciclo de la vida es igual para todas las culturas y todas las sociedades. Nos lleva a comprender que la segmentación por edad y la institucionalización de las edades son procesos que se construyeron en el tiempo como resultado de transformaciones sociales. Ejemplos clásicos son las distintas organizaciones del sistema educativo, del ejército, o del sistema de salud, pero hay una organización que actúa de fondo de todo el funcionamiento de nuestra sociedad: las edades. Distribuye los bienes jurídicos sobre los que se asienta la legalidad, la propiedad y la organización del Estado Nación: dependerá, en principio exclusivamente, del tiempo que uno/a lleve sobre este mundo los derechos y responsabilidades que le asignarán. Es un sistema organizado en forma abstracta sobre la edad cronológica, reforzando la percepción de unidad del hombre y universalidad de la igualdad.

El discurso científico ha acompañado la segmentación e institucionalización del curso de la vida. Diferentes teorías validaron las separaciones sobre la edad biológica y muchas lo siguen haciendo en la actualidad. Como ejemplo la psicología y pedagogía, que argumentaron por terminar con la enseñanza no graduada, para que las personas no se educaran más en el contexto de la familia sino en instituciones creadas para que estuvieran juntxs los que tenían la misma edad, fueran divididos en grados y recibieran conocimientos desiguales justificando bio-psicológicamente la distribución gradual (un contenido para cada edad).

La confluencia de todos los discursos, prácticas y formatos organizó una estructura en edades en nuestras sociedades que ha ido variando en el tiempo. Al tratamiento que cada sociedad o cada cultura hace de las edades biológicas y cronológicas es lo que denominamos **el procesamiento social de las edades**, y nos demuestra que las edades se construyen culturalmente. De ello que podemos hablar para el grado y grupo de edad que nos ocupa, de una construcción cultural de la infancia y de la juventud. Valga la redundancia: las infancias y las juventudes son construidas por la cultura de la que forman parte. Son una “parte”, uno de los grados de edad, que dicha cultura crea para pensar cómo vivir una parte de la vida.

Relaciones de poder entre edades: la perspectiva adultocéntrica

La relación entre edades, como toda relación social, implica relaciones de poder. Existen términos para nombrar conjuntos de representaciones y acciones por los cuales una persona, o grupo de personas, se posiciona en superioridad sobre otras (cree, enuncia y actúa). En la historia de la antropología cuando algunos primeros investigadores europeos interpretaban las “otras” culturas, las veían inferiores, primitivas, promiscuas, llenaban de adjetivos peyorativos la descripción de los otros pueblos. ¿Cómo lo hacían? Desde la posición de superioridad étnica en la que se ubicaban, desde el convencimiento que su producción cultural, su cultura, la civilización, era el parámetro ideal para medir el comportamiento social de los demás. Esas diferencias de grado nos enseñan los manuales de antropología. A esa perspectiva desde la superioridad étnica se la denomina etnocentrismo. Es sinónimo de pensarse el ombligo del mundo, en general más lindo, más bueno y mejor que los demás. Las consecuencias de la aplicación extrema de esta perspectiva, que lleva a la percepción de supremacía, se pueden encontrar en las listas de los explotados hasta el exterminio y los genocidios en manos de aquellos que se arrogaron a lo largo de la historia el derecho a dar muerte.

Para el caso de las relaciones de poder entre los géneros conocemos la posición de superioridad que enuncia el machismo. El análisis en términos de género no implica que todos los varones tienen una perspectiva machista y que todas las mujeres tienen una perspectiva feminista, sabemos que no funciona de esa manera. El modo

de entender y avalar la relación de poder con una superioridad y una inferioridad no es propia de un género ni de un sexo, sino que es una propuesta ideológica de cómo deben ser las relaciones entre ambos. Hay entonces machistas tanto entre los que se criaron como varones como entre las que se criaron como mujeres. Puede haberlos tanto entre los que nacieron con pene como en las que nacieron con vagina. Separamos así el sexo biológico del género y de las posiciones de poder que se asumen.

El mismo ejercicio hay que hacer con la edad. Separar el dato biológico del procesamiento social de ese dato biológico (la edad), y comprender el significado de sostener posiciones de superioridad de un grado o grupo de edad sobre otro. La *perspectiva adultocéntrica* no es el modo de ver DE los adultos sino el modo de entender las relaciones de edad con validez de la superioridad de lo adulto; avalando la dominación de lo adulto sobre las demás edades. Esta ideología la pueden portar personas que son niñxs, adolescentes, jóvenes, adultxs o viejxs. No importa a qué grado o grupo de edad se pertenece, sino quién se piensa con superioridad para subordinar a los demás, ya sea que estemos ubicados en la posición de dominantes o de dominados. Reiteramos, es un modo de interpretar las relaciones entre las edades, en las cuales se adscribe y justifica a lo adulto la mayor concentración de poder.

La mayor concentración de poder se puede ejemplificar con la noción de sujeto jurídico pleno. El mayor de edad capaz es la persona jurídica completa en nuestra sociedad, para ser un ciudadanx pleno, con ejercicio de todos los derechos y responsabilidades, hay que ser por lo menos adultx. Se otorga validez legal a esta posición de supremacía. Se legitima y refuerza lo adulto -persona completa- como parámetro con el cual se miden las otras experiencias de vida. Consecuencia de entender a este sujeto desde la perspectiva adultocéntrica es que muchas veces se denigran las experiencias de vida de las personas que no están dentro de ese modelo adulto. Se lee tanto la infancia, la adolescencia y la juventud como personas incompletas a las que “les falta”, y la vejez como momento de pérdida y se lo desjerarquiza en muchos casos adscribiéndole deterioro de capacidades.

Lo anterior es una de las expresiones de lo adultocéntrico. Pero hay una segunda cara que se hace posible por una particularidad de la estructura etaria. Como mencionamos anteriormente, las otras clasificaciones sociales, como clase, género, etnia, no anticipan en sí la posibilidad de atravesar todas las categorías que incluyen en su sistema de clases. No son condiciones sociales que los seres humanos vivamos desde que nacemos con la idea que vamos a transitar por todo el sistema de clasificación que hay, es decir, las personas no vivimos con la posibilidad cierta de: primero soy pobre después rico; o pertenezco a la clase baja después a la clase media, después a la clase alta; o voy a ser primero femenino, después masculino. Hay pasajes que se pueden hacer, pero la única condición social que en sí su estructura concibe el paso por todas sus categorías es la etaria porque el

movimiento interno, el paso de una clase a otra, está dada fundamentalmente por el paso del tiempo. Todas las personas creen que van a pasar por todas las etapas temporales del ciclo de la vida que cada cultura haya construido. Los individuos en nuestro país significan su pasaje por la vida y el tiempo como niñxs, luego adolescentes, jóvenes, adultxs y viejxs.

Este sentido permite que las personas que ya han transitado alguna etapa elaboren significados acerca de ella basados en el conocimiento práctico de la experiencia vivida: fui niñx, fui adolescente, fui joven, sé lo que es y cómo debe ser. Muchos sujetos objetivan e internalizan esa experiencia etaria como la forma adecuada de ser niñx o joven. La recuerdan y validan como la forma normal y la mejor manera de haber sido. Les permite por un lado elaborar su historia personal con valoraciones positivas, pero por otro obtura el reconocimiento de otras experiencias de vida como legítimas. Esta es la segunda cara del adultocentrismo. No es entonces sólo que lo adulto es el parámetro de medición, sino que además la experiencia infantil y juvenil de los que ahora son adultos aparece como el formato normativo de la experiencia infantil y juvenil actual. Sobre esa experiencia que pertenece a otro momento de la historia, que es imposible de reproducir, se les reclama a lxs niñxs y lxs jóvenes por qué no hacen las cosas que se hacían diez, veinte o treinta años atrás. Y aunque muchxs niñxs y jóvenes quieran hacer las cosas que se hacían en el pasado, la tarea siempre quedará trunca porque no hay manera de volver el tiempo atrás y repetir las condiciones históricas que hicieron a aquellos sujetos posibles. Estaremos cada día en otro momento, en otra confluencia de economía, cultura y política, por lo tanto el análisis de la cuestión etaria para cada grupo de edad debe realizarse en su momento presente.

La construcción sociocultural de la juventud.

La etnografía y la historia son herramienta de relevancia que sirven para reflexionar sobre las formas de construir las edades, para conocer cuáles son algunas de las maneras de llamar a las personas más chicas en otras geografías y/o en otras épocas y así problematizar y desnaturalizar las formas en que en la actualidad pensamos la infancia, y la juventud y las imágenes culturales que circulan sobre ellas.

Una de las herramientas para desnaturalizar los procesos sociales es la diferencia cultural. Conocer cómo distintos grupos sociales resuelven simbólicamente -es decir, construyen los significados del mundo- de maneras diferentes, y con eso comprender que las formas propias no son las únicas, y por lo tanto tampoco son mejores o peores que otras. Un resultado sería además entender que lo que para nosotros es "normal", se ha construido de esa manera -como normal-, por procesos históricos (políticos, sociales, etc). Lo "normal" no corresponde a una esencia de normalidad, sino a aquello que ha logrado legitimarse como norma, normal o

parámetro: lo que muchos aprendemos como la única forma de hacerlo, la buena forma de hacerlo, la adecuada.

Dijimos que la juventud es una construcción sociales y culturales. Esto nos permite reconocer no sólo que hay múltiples modos de definir los primeros momentos de la vida asociados a un conjunto de significados y expectativas. Sino también habilita a reconocer que las experiencias que de ellos tienen los niños, niñas y jóvenes pueden ser ampliamente heterogéneas. Hablar de juventudes, en plural, es un modo de reconocer esta pluralidad y las maneras en que son afectados por las desigualdades.

Dos de los textos que integran la bibliografía para esta clase nos muestran maneras de aproximarnos a esa pluralidad. Por un lado, el texto de Florencia Gentile (2015) analiza los procedimientos empleados principalmente por niñxs y jóvenes del AMBA para definir y clasificar las alteridades etarias en el mundo social de la calle. Por otro lado, el texto de Margulis y Urresti (1998) exponen algunas variables (clase, generación, género) que intervienen en el procesamiento social de la condición de juventud sin perder de vista las desiguales posiciones que resultan de tales atravesamientos.

Para seguir conociendo esta manera de entender la juventud les invitamos a mirar el videque integra los materiales de esta clase (el tema se explica entre los minutos 7 y 59).

Actividad optativa.

Les proponemos acercarse a su lectura sistematizando las siguientes cuestiones:

- Personas que integran los grupos de edad en cuestión
- Variables que los posicionan socialmente de maneras particulares
- Expresiones que se emplean/ emplean para nombrarlos/ nombrarse
- Criterios clasificatorios (Qué características, prácticas, relaciones, instituciones, etc. se emplean para organizar el espacio social en relación con la edad)
- Relaciones de poder (¿cómo son las relaciones de poder entre los grados de edad en el sistema de edades de los que se habla? ¿quiénes son los otros? ¿en dónde podemos verlo ejemplificado?)
- Tensiones entre clasificaciones etarias y/o entre representaciones de distintos grados etarios

Este último punto permitirá poner en evidencia las tensiones entre formas hegemónicas de clasificar las edades o de representar a los distintos grados etarios. Entre aquellas que se aproximan en mayor medida a nuestro sentido común, y parecen por tanto “normales” y aquellas otras que resultan disonantes.

Siguiendo nuestro objetivo de desnaturalizar la relación entre edad como dato de la naturaleza y universal, volveremos sobre ello valiéndonos de la historia. La perspectiva histórica es una herramienta fundamental para ubicarnos en cómo “algo” que se nos presenta como “de siempre” no es de esa manera. El ejercicio reflexivo consiste entonces en conocer las formas en que se trataba/nominaba a lxs más chicxs, para ver cómo se lxs organizaba, qué hacían, y -uno de los puntos más importantes-, si se lxs identificaba como diferentes y/o con características propias. También nos permitirá hacer una genealogía de las clasificaciones etarias, es decir conocer las condiciones históricas de emergencia de ciertos modelos de juventud (en un tiempo y lugar específicos) y los procesos involucrados en su institucionalización y universalización que llevaron a esos modos de ser niñas, niños y jóvenes se figuren como “normales”.

Las condiciones históricas de emergencia de la juventud

Las sociedades en que vivimos están compuestas por personas que se encuentran en diferentes situaciones temporales y se las reconoce como “bebés”, “niños y niñas”, “adolescentes”, “jóvenes”, “adultos” y “adultos mayores” o “ancianos”. Cómo vimos, esas etapas no son naturales ni universales, y en otros tiempos y/o colectivos sociales, las clasificaciones de las personas a medida que crecen pueden ser diferentes.

En occidente^[4], la división de la sociedad en grupos de edad y la institucionalización de esos grados de edad -es decir, el hecho de que este modo de organizar y clasificar a las personas esté legitimado socialmente- es inherente a la formación y transformaciones de las sociedades modernas. De otro modo, podríamos decir que la “modernización”, mirada desde las edades, consistió en segmentar, especializar e institucionalizar el ciclo de la vida estableciendo un orden -jerárquico- entre los grados de edad. Este ordenamiento occidental se universaliza y con ello se van naturalizando las maneras de entender el ciclo de la vida (como etapas sucesivas y progresivas) y los momentos que lo integran. En la clase que viene retomaremos estas cuestiones para profundizar en la idea de cursos de vida, transiciones y trayectorias.

Volvamos sobre algunas de las preguntas que nos hacíamos al inicio de la clase: ¿Siempre hubo juventud? ¿cómo se inventó la juventud? Y otra más: ¿cuándo apareció en la historia un grupo de personas a las que se las llamaba así? Luego

del recorrido que les propusimos estamos en condiciones de agregar algunas otros interrogantes y por ejemplo plantear: ¿A qué jóvenes nos referimos? ¿Qué se entiende que es la juventud?

Si decimos que hubo un momento histórico en que apareció un grupo de personas a las que se llamó de estos modos, también cabe preguntarnos cómo eran esas juventudes que “aparecieron”. O qué características se esperaba que tuvieran las personas para integrar esos grupos, y en paralelo, de qué maneras las sociedades se organizaron para que efectivamente existieran grupos de personas que fueran niños y jóvenes como se esperaba que fueran.

Centrando la mirada en la niñez, podemos apelar a los trabajos clásicos de historiadores como Philippe Ariès (1987), Jacques Donzelot (1997) o Jacques Gélis (1990) para entender cómo fueron los procesos de surgimiento de esta etapa, de las ideas sobre la infancia que se fue imponiendo como “normal”. El primero de estos autores ubica los inicios de una mirada moderna de los niños hacia el siglo XVI en Europa occidental cuando emerge “la conciencia de la particularidad infantil que distingue esencialmente al niño del adulto” (Ariès, 1987:178). En este mismo momento, junto a una nueva organización social que deja atrás el régimen feudal europeo, reaparece el interés por la educación como requisito de determinados cuidados y dirección de los niños. Con esto emergen nuevas funciones para la familia y las instituciones educativas y se va gestando un estatus específico así como la separación de los niños respecto a los adultos.

Por su parte, los inicios de la utilización del término adolescencia pueden rastrearse a inicios del siglo XX en Estados Unidos. Allí, en 1904 Grandville Stanley Hall publica su libro “Adolescencia: su psicología y sus relaciones con la psicología, la sociología, el sexo, el crimen, la religión y la educación” proponiendo el término adolescencia para describir un grupo de hijos de estadounidenses que compartía una situación familiar donde no estaban obligados a trabajar, sino principalmente a estudiar y divertirse esperando el momento de la madurez. Estos adolescentes estaban causando preocupación en la opinión pública por la rebeldía de sus comportamientos y el temor a que sus prácticas cuestionaran la moral puritana que acompañaba la formación de esa Nación. La teoría del autor explica que dichos comportamientos tienen bases biológicas, asociados a los desórdenes hormonales de la pubertad. Sus ideas generaron mucha controversia, habiendo quienes (principalmente autores provenientes del campo de la antropología) se opusieron a la universalidad de este formato de adolescencia. Sin embargo las representaciones de este momento de la vida como uno de turbulencia emocional se mundializaron.

La juventud irrumpe en la década del 50 (existía previamente pero no masificada) como un formato de experiencia de vida que se mundializará en los '60. Producto de transformaciones en el sistema capitalista (mercado de trabajo, aumento de niveles de escolarización, entre otros) y en la producción cultural de la época

(posibilidad de reproducción masiva de bienes simbólicos, expansión de la industria del entretenimiento y generación de productos culturales desde los jóvenes y también mayor capacidad de consumo del sector) (Para ampliar ver por ejemplo Passerini, 1996; Feixa 1998; Chaves, 2010). En el mismo período irrumpe y se visibiliza masificado lo juvenil en nuestro país.

Tanto la historia como la etnografía, posibilitan ahondar en los modos concretos en que se producen en cada tiempo y espacio ideas acerca de la juventud. Estas representaciones funcionan como una condición de posibilidad para que los niños, niñas y jóvenes desarrollen su vida y modelen su identidad. Como dijimos, se trata de condicionantes, y las experiencias de juventud nunca serán entonces su reflejo exacto, no se agotarán en esas ideas acerca de cómo se espera que sean niñas, niños y jóvenes.

En cada tiempo y lugar, conocer cómo se producen las adolescencias y juventudes requiere de conocer qué actores y sentidos intervienen en esta producción, qué instituciones los atraviesan y cómo estas se caracterizan. Nombramos en el apartado anterior que la misma emergencia de estos grados etarios se enlaza a modos específicos de gestión y con el desenvolvimiento de dispositivos estatales como la escuela, el ejército. La preocupación por las nuevas generaciones y con ellos el porvenir de las sociedades, dieron lugar a que los estados modernos se ocuparan de aquellos que serían su futuro. La escuela y la familia, fueron dos instituciones centrales en ese sentido. Paralelamente otro conjunto de dispositivos se forjaron para regular aquellos/as sujetos que se escapaban de lo esperado, atentaban contra la “norma”, y era necesario “salvar” o “regenerar”.

¿Cómo seguimos?

complementemos ahora esta lectura con el video del tercer momento de la clase y luego la bibliografía obligatoria del cuarto momento.

Puntos claves para ir cerrando ...

A partir de las lecturas realizadas podríamos sintetizar algunos acuerdos y puntos de partida desde dónde mirar y pensar las edades, y de manera más específica a las juventudes (cualquier duda por favor preguntar en el Foro !):

* El análisis de las edades (infancia, adolescencia, juventud, adultez o vejez) no pasa por la comprensión de su naturaleza o esencia, si no por el estudio de los contextos sociales y culturales en que la “cuestión etaria” es planteada y se resuelve.

* Los contenidos dinámicos de esta construcción cultural son fruto de la interacción entre las condiciones sociales y las imágenes culturales que cada sociedad elabora en cada momento histórico sobre este grupo de edad.

* Las y los adolescentes y jóvenes no son una clase o un sector homogéneo separado del resto de la sociedad. Por eso resulta mejor hablar de grupos de niños/as, adolescentes y jóvenes o infancias, adolescencias y juventudes, enfatizando la opción por lo plural.

Tomaremos de un autor mexicano José Antonio Pérez Islas una sistematización sobre las concepciones que lxs investigadorxs usaban cerca de fines del siglo XX sobre la condición juvenil. El acuerdo sigue vigente y las características presentadas son útiles para el análisis de toda condición etaria ya que se define como la opción por lo plural, donde la condición juvenil será:

- Un concepto relacional.
- Históricamente construido.
- Es situacional.
- Es representado.
- Cambiante.
- Se produce en lo cotidiano.
- Pero también puede producirse en “lo imaginado”.
- Se construye en relaciones de poder.
- Es transitoria.

Extraído de: Informe sobre jóvenes 1994-2000 del Instituto Mexicano de la Juventud, Antonio Pérez Islas (2000)

En otras palabras joven puede entenderse como ser en relación y a partir de un discurso de la complejidad contextual (espacial e históricamente situado), relacional (conflictos y consensos) y heterogénea (diversidad y desigualdad).

¡Nos vemos en la próxima clase!
